

Introducción

Antonio Morales Moya

Vuelve la historia

En 1991 se derrumba la Unión Soviética, la guerra del Golfo consagra a los Estados Unidos como única potencia militar mundial, se celebra la primera Conferencia de Paz sobre Próximo Oriente y se dan pasos importantes hacia la unidad europea. Por vez primera en la historia de la humanidad, según informe de la organización internacional Freedom House, existen en el mundo más naciones democráticas que regímenes totalitarios o autoritarios: de 171 países oficialmente considerados como tales por las Naciones Unidas, 89 tienen un libertad bien consolidada y otros 32 han iniciado un proceso de transición para conseguirla. ¿Es posible entonces, independientemente de la persistencia de conflictos internacionales más o menos localizados, que estemos franqueando el último umbral de la evolución ideológica de la humanidad, universalizándose la democracia liberal como forma final del gobierno humano? Tal sería la tesis, digna de consideración, aunque rotulada inadecuadamente, de Francis Fukuyama, pues la indiscutible victoria del liberalismo político y económico no significa, en absoluto, el fin de la historia, ni como proceso ni, naturalmente, como disciplina.

Por de pronto, el avance de la democracia abre, sin duda, un amplio horizonte de esperanza, mas los problemas siguen en pie. No será fácil transformar las economías empobrecidas y crear sociedades ci-

viles en los países del este. África, América Central, América del Sur, en general todo el Tercer Mundo, muestran el lado negativo del victorioso mundo capitalista. Las tradiciones autocráticas del Islam, ¿permitirían el desarrollo de corrientes críticas, capaces de cristalizar en sistemas democráticos que detengan la marea fundamentalista? El nuevo orden mundial, ¿consistirá en una radical separación entre el norte imperial y el sur, devastado por la explosión demográfica y la implosión social, con, a semejanza del Imperio romano, un «límite» intermedio? 1. Incluso en el mundo occidental, el capitalismo puro, salvaje, una vez que la socialdemocracia ha entrado en crisis, ¿puede llegar a ser -pobreza, desempleo, degradación ambiental, presión inmigratoria- incompatible con la democracia? ¿Será cierto que el tiempo del fin de la historia será un tiempo muy triste, pragmático, sin ideales, en el que «no existirá ni arte ni filosofía (debiendo limitarnos) a cuidar eternamente los museos de la historia de la humanidad»? (Fukuyama). No lo sabemos. No sólo el porvenir no está cerrado, sino que desaparecidos los dos grandes bloques, se muestra plenamente abierto. «La única certidumbre -escribe Alain Minces que estamos entrando en un porvenir incierto y aleatorio» 2. No es, pues, el fin de la historia, es su retorno. La humanidad, considera Garda de Enterría, «ha vuelto a recuperar el sentido del misterio en el tiempo futuro». Se trata, agrega, de una reconquista de la libertad. La libertad del futuro, su carácter abierto, indeterminado, es realmente la propia libertad del hombre. La historia abierta es el mayor estímulo de sus reflejos, la fuente más fecunda de su imaginación creadora, el desafío que pone a punto a sus mejores recursos».

En cuanto a la historia como disciplina, viene a ser un reflejo tanto de la realidad de un mundo abierto, plural, fragmentado, como del momento final del pensamiento moderno. Concluye, seguramente, una época «en la que se dio culto a la objetividad despersonalizada (...), una era de fe en el progreso automático guiado por el método científico (Vaclav Havel). Se consagra, así, el fin del monopolio de la llamada, por Stone, «historia científica» (marxismo, Annales, cliometría) de las «grandes teorías», de los «metarrelatos». La condición posmoderna, el «pensamiento débil» dan cuenta-tema del pri-

1 RUFIN, JEAN-CRISTOPHE, *L'Empire et les nouveaux barbares*. Jean-Claude Lattès, 1991.

2 *La vengeance des nations*. Grasset, 1991.

mer artículo de la revista: del cambio historiográfico. No se trata de una opción metodológica del autor, vinculado a la tradición weberiana, sino de explicar una situación en la que, como dice Alain Tournai, una {(historia demasiado llena crea la fascinación por el vacío y la insignificancia}. En la que «las palabras, las ideas, son demasiado ligeras y vuelan sobre las ruinas». En la que la historia ya no se parece, dice Domenach, a «ese río que corría hacia nosotros, sino que está constituida por arroyos y estanques que se extienden en todas direcciones». La historiografía española en 1991 es analizada por el profesor Esteban de Vega, de la Universidad de Salamanca, quien establece junto a los logros -entre otros, un buen año más para la historia económica- las limitaciones: «ensimismamiento», escasa variedad temática, en contraste con la increíble riqueza de la historiografía que hoy se hace en el mundo. El estudio de Tomás Pérez Delgado, también profesor de la Universidad de Salamanca, Una mirada al Este, describe el proceso de las revoluciones en la Europa centro-oriental, el gran acontecimiento de 1991, .Y recoge y valora las diferentes interpretaciones con que se intenta explicarlo. Finalmente, el artículo del profesor Pérez Herrero, de la Universidad Complutense, supone un recorrido, extremadamente detallado, por la historiografía contemporánea elaborada en Latinoamérica el pasado año, estableciendo el grado de adecuación entre las grandes preguntas que se han planteado las Ciencias Sociales y los problemas concretos de la realidad actual de aquellos países.

Notas críticas, reseñas, noticias, completan el volumen. Con este número de AYER hemos intentado, desde nuestro seminario de la Universidad de Salamanca, con la inapreciable ayuda de compañeros de otras Universidades, proporcionar información, inevitablemente parcial, subjetiva, dada la magnitud de la tarea, acerca de ciertos aspectos, creemos que significativos, de lo que ha sido la Historiografía contemporánea en Europa, Estados Unidos, España y América Latina durante 1991.